



La Santa Sede

JUAN PABLO II

ÁNGELUS

Domingo 26 de enero de 1997

Amadísimos hermanos y hermanas:

1. Muchas personas, reflexionando sobre la situación de nuestro mundo, se sienten consternadas y, a veces, incluso angustiadas. Las perturba constatar conductas individuales o de grupo que muestran una desconcertante *ausencia de valores*. Nuestro pensamiento va, naturalmente, a ciertos sucesos, algunos recientes, que, a quien los observa con atención, le producen un escalofriante *sentido de vacío*.

¿Cómo no interrogarse sobre las causas, y cómo no sentir la necesidad de alguien que nos ayude a descifrar el misterio de la vida, permitiéndonos mirar con esperanza al futuro?

En la Biblia, los hombres que tienen esta misión se llaman *profetas*. Son hombres que no hablan en nombre propio, sino en nombre de Dios, movidos por su Espíritu.

También *Jesús* fue un profeta ante los ojos de sus contemporáneos que, impresionados, reconocieron en él «un profeta poderoso en obras y palabras» (Lc 24, 19). Con su vida, y sobre todo con su muerte y resurrección, se acreditó como el profeta por excelencia, pues es el Hijo mismo de Dios. Es lo que afirma la carta a los Hebreos: «Muchas veces y de muchos modos habló Dios en el pasado a nuestros padres por medio de los profetas; en estos últimos tiempos nos ha hablado por medio del Hijo» (Hb 1, 1-2).

2. El misterio del profeta de Nazaret no deja de interpelarnos. Su mensaje, recogido en los evangelios, permanece siempre actual a lo largo de los siglos y los milenios. Él mismo dijo: «El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán» (Mc 13, 31). En Jesús, su Hijo encarnado,

Dios ha dicho la palabra definitiva sobre el hombre y sobre la historia, y la Iglesia vuelve a proponerla siempre con nueva confianza, sabiendo que es la única palabra capaz de dar sentido pleno a la vida del hombre.

Muchas veces la profecía de Jesús puede resultar molesta, pero es siempre saludable. Cristo es *signo de contradicción* (cf. *Lc 2, 34*), precisamente porque llega al fondo del alma, obliga a quien lo escucha a replantearse su vida y le pide la conversión del corazón.

3. Ojalá que el camino hacia el jubileo sea para los creyentes un *constante redescubrimiento* de Cristo. He querido subrayar esta urgencia *enviando el evangelio de Marcos a todas las familias romanas*. Espero que esta iniciativa y otras semejantes se multipliquen en la Iglesia.

Que la Virgen santísima nos ayude a abrirnos dócilmente a la escucha de la palabra de Jesús y a ser sus heraldos y testigos valientes y entusiastas.

* * *

Después del Ángelus

Saludo con afecto a los fieles de lengua española y, en particular, a los grupos de Madrid y Gran Canaria. Que la peregrinación a la tumba de Pedro afiance vuestra fe, para seguir fielmente a Jesucristo y contribuir generosamente a la transformación del mundo, según el espíritu del Evangelio. A todos vosotros y a vuestros seres queridos os bendigo de corazón.